

## Notas ligeras y algo más

### Antología de notas ligeras colombianas

MARYLUZ VALLEJO M.

Y DANIEL SAMPER PIZANO

(Selección y prólogo)

Aguilar, Bogotá, 2011, 502 págs.

“NOTAS DE espíritu leve y meticolosa redacción” dicen en su prólogo Maryluz Vallejo y Daniel Samper Pizano, al agrupar muchas páginas de conocidos periodistas y destacados narradores que ya en los años veinte del siglo pasado colonizaron las páginas de los periódicos con sus colaboraciones. Esto había comenzado con el modernismo, cuando sus poetas mayores, empezando por Rubén Darío, elaboraron esa “arqueología del presente”, que no solo informa, sino también divierte y permite sobrevivir. Gracias al pago de dichos textos fue el modernismo el que se constituyó como un auténtico mercado intelectual, más allá de la política o la cátedra.

No solo traía desde Europa, caso del guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, las novedades parisinas en la literatura y en la moda, sino que también permitía perfilar siluetas, como fijarse en los sucesos de la bohemia y del espectáculo, de las divas y de la intimidad cotidiana de los habitantes, tanto de París como de Madrid. A tal género no fue ajeno José Martí, también, desde Nueva York y el diario *La Nación* de Buenos Aires los acogió a todos ellos como a la vertiente española, representada por figuras como Unamuno, Ortega y Gasset y Azorín.

Pero en este caso se trata de Colombia y las quinientas páginas comienzan, con razón, con José Asunción Silva (1865-1896) y sus colaboraciones en *El Telegrama*. Ya el nombre del periódico lo dice todo: concisión de instantánea, parquedad de renglones que debían contarse y aleación súbita de la sorpresa del enfoque y lo atractivo del tema.

Pero también este periodismo volátil fue la tumba de mucho ingenio y de mucha prosa alada.

Lo vio bien Hernando Téllez cuando escribió: “Somos pocas y físicas vísperas de todo: del arte, de la lite-

ratura, de la política, de las ideas, de las instituciones. Todo se nos queda en esbozo, en promesa, en amenaza, en borrador, en anuncio incumplido”.

En el caso de Téllez, un solo volumen de cuentos, en el de Eduardo Zalamea Borda, una sola novela; en el de Álvaro Cepeda Samudio, un único libro de cuentos y una única novela. En nuestros días, Antonio Caballero y una sola novela. Pero también las *Notas ligeras* fueron una escuela rápida para pasar luego a aventuras más consistentes, trátase de Gabriel García Márquez, Héctor Rojas Herazo o Héctor Abad y Ramón Illán Bacca con una diversificada y rica variedad de logros en la novela y el cuento. Otros, como Alberto Lleras Camargo, serían absorbidos por la política y lo voraz y fungible del periodismo mismo, hasta el final, cuando en sus memorias (*Mi gente*) trata de recobrar el infinito mar del tiempo perdido. Pero esa mezcla de añoranza y de irrisoria compasión por el joven impaciente que atropelló sucesos, sin dejarlos madurar, y quemó en el olvido letal de todo periodismo, materias dignas de un reposado cuento o una aún más dilatada ficción, no nos impide disfrutar de esta antología que se sostiene, por cierto, en lo que ya pasó y no cuenta. El recuerdo risueño de tantos seres y tantas anécdotas, sepultadas en el río indetenible de la historia y la fragilidad esencial de la memoria.

La antología de notas ligeras colombianas concilian, en su mayoría, la nostalgia con la crítica. Nostalgia por los tiempos idos, costumbres abolidas, modas diferentes; y críticas ásperas hacia una modernidad que todo lo arrasa y todo lo pone en cuestión.

Ángela Álvarez (1976) aún no se repone del día del Amor y la Amistad cuando le regalaron una “lámpara peluda rosada”. Laura Restrepo (1950), por su parte, tiembla al recordar una estatua de García Márquez hecha en estropajo y exhibida en Unicentro. Pero la adorable cursilería que lleva a Héctor Rojas Herazo (1921) a exaltar a Agustín Lara, y su “voz menesterosa” tiene un reverso de precisión sociológica cuando Héctor Rincón (1951) al hablar de los nuevos “gustos” que la mafia impuso en Colombia, describe su expresión más detonante en “las mafiosas, que eran las esposas de

los mafiosos, llevaban uñas de oro, y tacones puntilla y se cubrían el tobillo derecho con un hilo grueso de dieciocho kilates. Los traqueticos montaban en motos marinas a todo ruido y corría por la calle el chiste de la carta que enviaban en diciembre preguntándole Niño Dios que querés que te traiga” [pág. 376].

Como ha cambiado Colombia si comparamos esta desafiante insolencia con la carta al Niño Dios del niño que pintó Enrique Caballero Escobar (1910) y que apenas si implora una ropita cualquiera “porque papá es muy pobre y no le alcanza lo que gana para vestirnos” [pág. 321].

No son muchos años, pero el vuelco ha sido radical. En el idioma mismo. En los instrumentos para comunicarnos. En la obsolescencia programada de inventos geniales en su momento y que ahora son piezas de anticuario. Los enumera Álvaro Burgos (1945) así: “Ahora, cuando el fax está pasando al rincón de los aparatos viejos, como los radios Telefunken, las radiolas Philips y las lavadoras Westinghouse, ya no se escucha la cachaca pregunta ¿Cuál es tu correo electrónico? sino ¿Te puedo acceder por e-mail?” [pág. 344].

Oficios que desaparecen, como el de tipógrafo, y expresiones que se cuelean como las que Eduardo Arias (1958) registró. “Tipear, acceder, implementar, forguardiar”, no borran el sentido global de estas notas leves, donde se alían mirada sorpresiva, humor y poesía, con lo que Álvaro Cepeda Samudio (1926) llamó muy bien “la trascendencia de las cosas insignificantes” [pág. 252] o, como lo expresó a su vez Blanca Isaza (1898): “el insospechado mundo de lo pequeño” [pág. 197]. En tal sentido, el que resulta genial en su humor juvenil era Germán Arciniegas (1900), quien no solo destacó el papel del automóvil como “uno de los pasos más serios que se han dado en el camino de la democracia” [pág. 138], sino que reivindicó el papel capital que en la cultura representó la máquina de afeitar Gillette. Si la máquina de escribir y el avión cambian las costumbres, la cuchilla Gillette modifica el rostro del hombre. Ese el sentido de estas páginas, en las que un izquierdista racional como Enrique Santos Calderón (1945) termina por admirar (y elogiar) Disneylandia

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>y un aristócrata escéptico, como José Umaña Bernal (1900), nos ofrece el primer mandamiento a partir de su máquina de escribir Royal de 1930: “Decir no; revolucionario entre los reaccionarios; y reaccionario entre los revolucionarios” [pág. 249].</p> <p>Crónica, entonces, de costumbres y mentalidades de José Asunción Silva en adelante, donde podemos quejarnos ya en 1921 con el doctor Mirabel (1886) de quienes bautizan a sus hijos e hijas con extranjerizantes nombres como Christian o William, o quizás Dolly o Kety, y subrayar en nuestra historia de la cultura la fecha decisiva de 1936 cuando una joven, con su sombrero de moda, que la hace parecer un <i>jockey</i>, decidió hacerse lustrar “sus lindos zapatitos de <i>glasé</i> en la plaza de las Nieves” [pág. 134], incitando a un policía tonto a llevarla a la cárcel, tal como narra la simpática Emilia Pardo Umaña (1907-1961).</p> <p>Muchas de las notas traen memoria de eventos ya tradicionales como el Carnaval de Barranquilla visto por Ramón Vinyes en 1949 o la Vuelta a Colombia en Bicicleta. Un didáctico y bien informado prólogo nos trae recuerdos imborrables de figuras como Machado de Assis y Mark Twain y nos sitúan estos más de setenta autores en un marco universal de referencias. Pero es el placer mismo, de tantos textos arrancados del olvido, los que hacen tan vital y valioso este libro de textos breves pero no por ello menos reflexivos y punzantes. Con humor inteligente y no pocas veces dolor, donde conviven lo efímero y lo perdurable en sabias dosis.</p> <p>Varias erratas hacen reír, contagiadas de la gracia de los textos.</p> <p>En la página 211 don Ramón Vinyes nace en Berga (España) en 1882 y muere en Barcelona en 1852. Primera expresión del realismo mágico: morir antes de nacer.</p> <p>La sorpresa de Pedro Gómez Valderrama, en la página 281, al ver su <i>El retablo de Maese Pedro</i>, convertido en <i>El establo del Maese Pedro</i> debió ser mayúscula.</p> <p style="text-align: center;"><b>Juan Gustavo Cobo Borda</b></p>		